



HERNANDO GAITAN L.

LA HISTORIA
ECONOMICA Y SOCIAL

ESPAÑA ANTE EL MUNDO

Esta dispersión geográfica conllevó el desarrollo de una cultura diversificada, que se alimentó al rebasar sus fronteras con el aporte muy valioso de los centros intelectuales de Lovaina, Bolonia, Milán y el no muy distante de París.

La Península Ibérica desde las cruzadas había venido acumulando, como los volcanes y los grandes ríos, elementos de potente expansión que sólo requieren la más leve fisura para volcarse y precipitarse a la conquista de los vastos espacios. La obra de unificación de sus distintas regiones feudales y el reajuste y mejora de sus instituciones, emprendida y llevada a feliz término por los Reyes Católicos, removió todo obstáculo y abrió la brecha por donde se precipitó la múltiple materia contenida. No era lógico esperar que esta tremenda fuerza expansionista pudiera ser regulada o morigerada por sus mismos autores. Fue así como corrientes nocivas de pasión y sectarismo religiosos dieron libre curso al desenfreno de instituciones y personajes de terrible significación en el destino de aquellos grupos étnicos que profesaban nociones religiosas distintas, pero que habían unido su genio y su sabiduría en pro de la formación de valores universales, en toda la gama de la ciencia y del saber humanos. Sin haber realizado plenamente la importancia del descubrimiento de un nuevo continente, apenas intuyéndolo, doña Isabel La Católica abandona la gran escena política en donde tan decisivo papel le correspondió desempeñar. Bajo su regio man-

Con el ascenso de los Reyes Católicos al trono español, se inicia una dispersión geográfica del nascente estado, que favorecerá la cristalización de sus mayores éxitos y proporcionará el advenimiento y la concreción de un periodo histórico, que puso muy en alto el nombre y el prestigio del pueblo ibero. Del matrimonio de sus hijos advienen alianzas y derechos con las casas de Austria y Alemania y sobre las dilatadas posesiones de Bravante, Hainaut, Flandes, Artois, Franco Condado, Holanda y Luxemburgo. De Francia obtienen sin disparar un tiro Charolais, Rosellón y Cerdeña. El Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba pone en sus manos Nápoles y Sicilia. En el Africa, el Cardenal de Cisneros anima una empresa y procura Manila, Orán, Argel, Bugía, Trípoli y gran parte de la Costa Berberisca. Colón, en bandeja de oro, pondrá a sus pies un continete.

dato, en el que contó siempre con el apoyo genial y decidido del rey Fernando, España cobró forma y contenido. En su período histórico se asocian los reinos de Castilla y Aragón, con el valioso aporte de los Estados de Nápoles y Sicilia. Corresponde a don Carlos I., más conocido por Carlos V., la tarea de continuar y consolidar la obra modeladora iniciada por los Reyes Católicos. Su recia personalidad llena plenamente la historia de su tiempo, a pesar de que otros dos reyes dotados de singular valía, Francisco I, de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, le disputaban el dominio del mundo occidental, y que el más célebre de los sultanes otomanos, Solimán II, su enemigo declarado, le hace comprometer ingentes recursos en una guerra que cubrió todo su reino, en la tierra y en el mar. En su lucha por el poder va engarzando nuevos florones a su corona imperial y hasta tanto llega su empuje, que no vacila en hacer ondear sus pendones sobre el territorio papal e imponer sus condiciones al heredero de San Pedro, el mentor de la cristianidad. Con Carlos V, la historia de España llega al pináculo de su prestigio y da un nombre a este período de éxitos y triunfos consecutivos. Dos acontecimientos a cual más peligrosos preceden el alborear de este momento histórico, que se denominará el Siglo de Oro. Ambos tuvieron vivencia en la misma época y llevan la misma fecha. De ellos hemos hablado anteriormente, pero deben nuevamente traerse a la memoria: en 1492 sucumbe el reino árabe de Granada y con

él desaparecen los últimos vestigios de dominación extranjera en España; los iberos, guiados por un genial visionario, que ha ligado su destino al pueblo español, descubre un vasto continente que habrá de influir decisivamente en la historia de la humanidad de entonces y en la que habrá de concretarse en lo porvenir.

En una síntesis afortunada, Francois Piétri concibe el Siglo de Oro como un día de sol que amanece con los Reyes Católicos, tiene su mañana luminosa en el reinado de Carlos V, su cenit en el de Felipe II y un largo crepúsculo en los de Felipe III y Felipe IV, cuando lanza todavía rayos de un sorprendente resplandor. Este siglo de tan grandiosas proyecciones puede atribuirse a la conjunción de la fortuna y el genio, al fulgor de la inteligencia y también al prestigio de una dinastía, que en el destino de los españoles ha sido muy poco frecuente.

Con Carlos V, España alcanza su máximo poder y él es el dueño de un mundo "en el que nunca se pone el sol". Su hijo Felipe II reúne bajo su cetro la más heterogénea comunidad de pueblos y razas: españoles de las más diversas características, italianos, holandeses, alemanes, austriacos, flamencos, franceses, portugueses, moros, berberiscos, africanos y aborígenes del Nuevo Mundo. El poder real absorbe a todos los demás poderes: legislativo, municipal, feudal y religioso. La intransigencia política reina de un extremo a otro del gran dominio. La Santa Inquisición no puede permanecer ociosa en esta informe marejada.

Impone dura sujeción a judíos, paganos, americanos, moros y protestantes de los Países Bajos. Los dioses de Lutero, Calvino, Mahoma, Moctezuma y Atahualpa no pueden vivir bajo el mismo cielo del gran rey.

Los gérmenes del descontento se van incubando en Alemania y en los Países Bajos al par que se cosechan nuevas glorias militares y triunfos contundentes contra los adversarios de Europa y Oriente. Los hombres españoles y sus hechos cubren un largo período de la historia del mundo, que se inicia en las postrimerías del siglo XV, abarca todo el XVI y parte apreciable del XVII. El esplendor del pensamiento corre parejas con la política y el arte. Este florecer español por unánime reconocimiento y conformidad de las demás naciones solo tiene paralelo con el de Roma y lo tendrá más tarde con el de Luis XIV. Una lista casi interminable de políticos; capitanes y guerreros; conquistadores y descubridores; hombres de ciencia; humanistas y juristas; teólogos y confesores; historiadores; novelistas y poetas; autores dramáticos, arquitectos; escultores; pintores; músicos y varios miembros de una gran dinastía, llenan por así decirlo la historia de estos dorados días.

Esta grandeza insuperada y quizá ya nunca equiparable en el devenir de los tiempos, es obra casi toda de los hombres de España y apenas un poco de sus conductores. Ha correspondido a este pueblo superar a sus gobernantes, en las épocas de la gloria y en la adversidad. Al decir de Ville-

main "lo que caracteriza a un siglo y lo realza es el número de hombres eminentes y el progreso general de los espíritus. Cuando varios hombres resplandecen y dominan y el espíritu de las masas se transforma, el siglo es grande".

Pero la eliminación de los árabes y judíos, obra de los Reyes Católicos, bajo el pretexto de fijar la unidad de la cultura y de la ortodoxia con la misma solidez que se había impreso a la unidad política, privó a España de elementos que habrían de faltarle en aquellos días en que sería más necesario su concurso para el aprovechamiento atinado de inmensos recursos materiales y para la aplicación de principios y sistemas económicos y políticos, que habrían demorado el desquiciamiento y el colapso de un imperio que logró sobrepasar todos los cálculos de posibilidades y estimaciones.

Cuando en 1556, ascendió al trono de España y de las Indias Felipe II, el cetro imperial había sido cedido por Carlos V a su hermano Fernando. Esta extraña y no muy explicable renunciación al poder europeo, convirtió a su heredero en un soberano puro y exclusivamente español, que habría de consagrarse con su carácter sombrío, su amor a la soledad y su devoción extraordinaria, a la lucha contra la herejía que se extendía como un reguero de pólvora a través de Alemania, Inglaterra y Francia. Este objetivo será su obsesión y todas sus operaciones militares fuera de la Península, así como sus actos de gobierno,

le serán dictados por esta idea fija, perturbadora y lacerante, que ya no le abandonará hasta su muerte, cuando parece ocultarse del mundo exterior en su majestuoso refugio del Escorial. Su lucha por este ideal religioso sigue aportando glorias a sus capitanes españoles, italianos y alemanes. Sin embargo, en la cima más alta de su prestigio y poderío, no logran el orgullo y la fiera castellanos quebrantar la obstinación y magnífica voluntad de libertad que anima a los flamencos. Estos logran por fin su independencia poco tiempo después que los vientos y las tempestades coaligados, dispersan y destruyen gran parte de la Invencible Armada destinada por Felipe II a castigar la osadía de los "herejes ingleses", que animaban y apoyaban sin reticencias las aspiraciones flamencas.

Esta intemperancia religiosa, la infortunada política exterior que reemplazó a la atinada gestión que en ese sentido desarrolló en sus comienzos la diplomacia española y la inevitable bancarrota, secuela casi siempre de las guerras, hicieron proferir a Felipe II, cuando ya se observaron las grandes grietas del sistema: "Todos los recursos ordinarios están empeñados. Se deben cinco millones de ducados a los banqueros de Amberes y a los comerciantes de Sevilla. De las rentas ordinarias no queda nada, y de las extraordinarias todo está empeñado a comerciantes, inclusive cuatrocientos mil ducados concedidos para mi casamiento". Pero este mismo rey tan conocedor de la realidad económica de

España fue, con todo, el artífice de su ruina y hacia ella se encaminó con los ojos abiertos. En una carta dirigida a su embajador ante el Papa, le dice: "El compromiso de suprimir la Inquisición es nulo, pero tengo interés en que la cosa permanezca secreta. Antes de sufrir el menor cambio en la religión y el servicio de Dios, preferiría perder todos mis estados y cien vidas si las tuviera, porque no concibe mi mente ser señor de herejes". El rey Felipe se refería precisamente a las posesiones de los Países Bajos, que se perdieron únicamente por el fanatismo religioso de los españoles que lo sacrificaron todo a su intemperancia.

Este singular personaje que al ascender al trono de España se hallaba bajo la excomunión del Papa Paulo IV Caraffa, consiguió con el peso de las armas que se levantara el anatema, se erigió en Campeón de la Iglesia Católica, en protector de todas las actividades de la inteligencia, de todos los talentos y de todos los progresos. Su poderío llegó tan lejos que los encabezamientos de los documentos oficiales de su tiempo van precedidos de una página entera con la larga enumeración de sus títulos soberanos y de sus posesiones. Reinaba sobre toda la Península Ibérica, comprendido Portugal; sobre Bélgica, Holanda y Luxemburgo; el Franco Condado, Picardía y Artois; el Milanésado, Toscana, Córcega, Cerdeña, Nápoles y las dos Cibilias; Méjico, Centro América y la América del Sur, incluido el Brasil; las Canarias, Madera, las Azo-

res, Tánger, Senegal, la Guinea, la Costa de Oro y el Congo; Zanzíbar, Africa del Sur, Goa y una parte de la India, Java y Borneo, y por último sobre las Factorías de China y el Japón.

Todo este vasto imperio se manejaba desde el Escorial, bajo el impulso de este animador solitario, que encarna la tiranía con la misma intransigencia que la Roma Pagana.

Los cuatro estadios de las posesiones americanas, descubrimiento, conquista, reducción y colonización coinciden con el triple reinado del Siglo de Oro que tantas glorias procuró a la Península. Al producirse la abdicación del Emperador Carlos V ya no quedaba tierra alguna por conquistar o explotar en América.

Un siglo después de que Colón pisó tierra en San Salvador, asistimos a una general transformación en todos los órdenes, que conmovió el equilibrio político, la condición social, las costumbres y las creencias. Se han desplomado viejos imperios y antiguos dioses. Unas lenguas reemplazan a otras y unos estilos se truecan por otros. Hay un intercambio de productos y tesoros materiales. Se promueve una gran mestización cuyo proceso de decantación se prolongará por varios siglos. Las enfermedades viajan en las embarcaciones y el azote de la peste diezma regiones enteras en Europa y en el Mundo Americano. A las mesas de los burgueses y de los nobles afluyen los productos del tró-

pico: el chocolate, la patata, la piña, la vainilla, el café, el azúcar de caña, el tabaco, el pavo americano. Algunos, aun cuando de origen asiático, son ya productos americanos. Aparecen también las maderas tintóreas y algo más que habrá de causar una revolución: los metales preciosos. Ellos circularán bajo varios nombres, Pistolas españolas, Escudos franceses, Florines imperiales y Soberanos ingleses. El precio del dinero alcanza niveles desconcertantes y el interés y la usura rompen las barreras que les oponen los dogmas y las normas legales.

España, con el descubrimiento ha desencadenado y puesto en marcha un nuevo ritmo sin precedentes en la producción industrial, en las transacciones mercantiles y en los hábitos y costumbres. Para reemplazar en sus ejércitos las bajas que traen consigo la guerra permanente y la emigración a tierras americanas, enrola suizos, valeses, italianos, franceses y portugueses por medio de este infalible y codiciado metal americano. Los precios suben con los abundantes medios de pago. Los trabajadores exigen mayores salarios y comienzan a pensar en una mejor organización de sus crecientes efectivos. Las artes, las ciencias y las letras experimentan la influencia de los descubrimientos. Se ha desatado una revolución que avanzará sin límites ni fronteras, contrariando los viejos principios e imponiendo la concepción científica a los postulados de la fe y de la ignorancia.

BIBLIOGRAFIA

- 1) Historia de las Colonizaciones - Rebé Sedillot.
- 2) Suramérica. - Ernest Sanhaber.
- 3) Explorador Maya. - Víctor Wolfgang Von Hagen.
- 4) Historia de América - Diego Barros Arana.
- 5) La aventura de los primeros descubrimientos, audacia y heroísmo de los descubrimientos modernos - Paul Hermann.
- 6) Los indios de las Américas - John Collier.
- 7) Historia de la Cultura en la América Hispana - Pedro Enrique Ureña.
- 8) Historia de la Esclavitud - Luis Bonilla.
- 9) Historia Económica de Colombia - Jorge Echeverri Herrera.
- 10) Escrutinio Sociológico de la Historia de Colombia - Luis López de Mesa.
- 11) De cómo se ha formado la Nación Colombiana - Luis López de Mesa.
- 12) Economía y cultura en Colombia - Luis Eduardo Nieto Arteta.
- 13) Les Premiers Homes - Nardaillac.
- 14) La Esclavitud en América - Rolando Mellafe.
- 15) Economía y Hacienda Pública - Abel Cruz Santos.
- 16) Principios Generales de Historia, Economía y Sociología - Charles Morazé.
- 17) Manual de Historia de España - Rafael Altamira.
- 18) La Civilización Contemporánea - Seignobos Carlos.
- 19) Las Civilizaciones Prehispánicas de América - Salvador Canals Frau.
- 20) Viajes y Viajeros.
Viajes por la América del Sur.
Libros y fuentes sobre América y Filipinas.
Biblioteca Indiana - Ediciones Aguilar.
- 21) La España del Siglo de Oro - Francois Piétri.
- 22) La Revolución Mejicana - Jorge Vera Estañol.
- 23) Espíritu y Milicia en la España Medieval - José María Garate Córdoba.
- 24) Historia de la Administración española e Hispano-Americana - Juan Beneyto.
- 25) Los Musulmanes de España - Reinhardt P. Dozy.
- 26) La España de los Españoles - Publicaciones Españolas.